

Petrogrado, octubre de 1917-1919

**León Trotsky
30 de octubre de 1919**

(Tomado de L. Trotsky, *Escritos militares*, Tomo 2, Ruedo Ibérico, Vesoul (France), 1976, páginas 407-410. 30 de octubre de 1919. Publicado en *Pravda*, número 250.)

Al llegar el segundo aniversario de la revolución de octubre, Petrogrado está de nuevo en el centro de la atención apasionada de todo el país. De nuevo como hace dos años, Petrogrado está amenazado desde el sudoeste, y lo mismo que entonces, finales de octubre de 1917 (por el viejo calendario), el destino de Petrogrado se juega en las alturas de Púlkovo.

Las operaciones militares de entonces, tanto por parte del enemigo como por la nuestra, se desarrollaban en una atmósfera de total incertidumbre. Nadie podía decirnos, ni siquiera aproximadamente, qué fuerzas nos atacaban. Unos decían mil cosacos; otros tres, cinco, diez mil, etc. La prensa y los rumores burgueses (ambos eran entonces muy locuaces) exageraron monstruosamente las fuerzas de Krasnov. Recuerdo que las primeras informaciones dignas de fe sobre el número de cosacos las recibí del camarada Voskov, que había observado sus convoyes en Sestoretzk e insistía categóricamente en que los cosacos no eran más de 1.000 sables. Pero quedaba la posibilidad, no obstante, de que llegaran algunas unidades por carretera: el camarada Voskov no se refería más que a convoyes ferroviarios.

Lo mismo de indefinidas eran las fuerzas que nosotros podíamos oponer a los cosacos. A nuestra disposición inmediata teníamos la guarnición de Petrogrado, muy importante numéricamente. Pero consistía en regimientos que habían perdido su capacidad de combate con las primeras sacudidas de la revolución. La vieja disciplina se hundía junto con el viejo personal de mando. La revolución exigía la destrucción del antiguo aparato militar. Y aún no existía una nueva disciplina. Se creaban a toda prisa destacamentos de guardias rojos. ¿Qué representaban como fuerza de choque? Nadie podía decirlo aún. No sabíamos con exactitud dónde se encontraba el abastecimiento indispensable. Las antiguas autoridades militares no se apresuraban a ponerlo a nuestra disposición. Las nuevas autoridades no sabían aún cómo llegar a él. Todo esto creaba una atmósfera de suma indeterminación, en la que surgían y se difundían fácilmente rumores que inducían al pánico.

En Smolny, con la participación del camarada Lenin y la mía, se convocó (no recuerdo exactamente la fecha) una conferencia de la guarnición con participación de los mandos. En ese momento ya se había ocultado parte de la oficialidad, pero otra parte, considerable, seguía en sus regimientos, no sabiendo muy bien qué hacer y considerando inadmisibles, siguiendo la tradición, abandonar sus unidades. Ni uno solo de los oficiales que participaron en aquella reunión se permitió aludir siquiera a la inadmisibilidad de una “guerra civil” o a que no fuera conveniente oponer resistencia a Kerensky y Krasnov. Ello se explica, fundamentalmente, por el completo desconcierto de la oficialidad, que no tenía razones, evidentemente, para simpatizar con el régimen de Kerensky, pero tampoco las tenía para alegrarse de la llegada del régimen soviético. Aún no había un campo contrarrevolucionario organizado. Los agentes de la Entente no habían tendido aún sus redes. La decisión más simple para el personal de mando, en estas condiciones, era mantenerse en su regimiento y cumplir sus acuerdos. Hay que agregar, además, que los mandos eran ya elegidos. Los peores elementos habían sido repudiados.

Sin embargo, ninguno de los comandantes presentes quería asumir la responsabilidad de dirigir el conjunto de la operación, en parte porque entre los asistentes a la reunión no había, si recuerdo bien, personas con verdadera experiencia militar, pero sobre todo porque nadie quería hacerse notar demasiado, no sabiendo lo que iba a resultar de todo aquello. Después de unos cuantos intentos fallidos de atraer a jefes de regimiento, la elección recayó en el coronel Muraviev, que después desempeñaría un papel importante en las operaciones militares de la Rusia soviética. Muraviev era un aventurero nato. En ese periodo se consideraba socialrevolucionario de izquierda. (La izquierda socialrevolucionaria servía entonces de cobertura a muchos vivales que deseaban introducirse en el régimen soviético, pero no estaban dispuestos a imponerse el pesado fardo de la disciplina bolchevique). Por su pasado militar Muraviev era, me parece, profesor de táctica en la escuela de junkers. Engreído y fanfarrón, Muraviev no carecía, sin embargo, de cualidades militares: vivacidad de imaginación, audacia, habilidad para llegar al soldado y estimularlo. En la época de Kerensky las cualidades de Muraviev habían hecho de él un organizador de los destacamentos de choque, que como es sabido estaban dirigidos más contra los bolcheviques que contra los alemanes. Ahora, cuando Krasnov se acercaba a Petrogrado, el mismo Muraviev (con bastante insistencia, además) se propuso como candidato al puesto de comandante en jefe de las tropas soviéticas. Después de vacilaciones comprensibles se le aceptó. Al lado de Muraviev se instituyó un grupo de cinco soldados y marineros elegidos por la asamblea de la guarnición, al que se encargó de vigilar constantemente Muraviev y de proceder contra él al más mínimo intento de traición.

Pero Muraviev no se proponía traicionar. Al contrario, puso manos a la obra con gran entusiasmo y confianza en el éxito. A diferencia de otros cuadros militares de ese periodo, sobre todo entre los miembros del partido, Muraviev no se quejaba de las deficiencias, de las lagunas, del sabotaje, sino que, al contrario, trataba de corregir las deficiencias, contagiando poco a poco a los otros, con su vitalidad locuaz, con su confianza en el éxito. El principal trabajo de organización reposaba, no obstante, en las organizaciones de los sectores obreros de la ciudad. Estas buscaban las municiones, obuses, cañones, caballos y arreos necesarios, y enviaban baterías improvisadas a las posiciones que, entre tanto, eran fortificadas.

Los regimientos de la guarnición de Petrogrado ocupaban las posiciones con bastante indolencia. Entonces, en la aurora de la revolución de octubre, las masas obreras no tenían aún conciencia de la inevitabilidad de una lucha severa para consolidar el golpe revolucionario. Cautivadas por la fuerza ideológica de la revolución, las masas creían que el problema se resolvería hasta el fin con medidas de propaganda, por la sola fuerza de la idea, sin más. Los choques armados con los cosacos les parecían un malentendido lamentable, que alteraba casualmente la marcha triunfal de la revolución de octubre. No tomaban en serio los combates que se avecinaban, prefiriendo enviar agitadores y parlamentarios al encuentro del enemigo.

Los proletarios de Petrogrado tomaron las cosas más en serio que los soldados de la guarnición, pero sólo podían aportar los destacamentos, creados a toda prisa, de la llamada Guardia Roja...

El desenlace de la lucha lo decidió la artillería, que emplazada en las alturas de Púlkovo, hizo estragos en la caballería de Krasnov. Se habló de 300 a 500 muertos y heridos, cifras exageradas sin duda. Los cosacos se batieron sin infantería. Les habían asegurado que la población de Petrogrado los recibiría como salvadores y bastó una ligera descarga de artillería para detener su avance. Una vez detenidos comenzaron a murmurar contra sus jefes, a mitinear, y entraron en conversaciones con los representantes de la Guardia roja... Finalmente, los cosacos retrocedieron hacia Gátchina, donde se encontraba

el Estado Mayor de Krasnov. Kerensky huyó, engañando a Krasnov que, al parecer, se disponía a engañar a Kerensky. Los ayudantes de Kerensky y Voitinski, que estaban afectados a él, fueron abandonados a su suerte y hechos prisioneros por los nuestros, lo mismo que todo el Estado Mayor de Krasnov.

El ataque fue rechazado y la revolución de octubre consolidada. Al mismo tiempo se inició la época de intensa y continua guerra civil.

Dos años más tarde nos toca de nuevo defender la revolución de octubre en las mismas alturas de Púlkovo. Puesto indebidamente en libertad en 1917, Krasnov se bate ahora en las filas de Yudénich, ante esa misma Gáchina donde fue hecho prisionero por los nuestros. Bajo estos rasgos de semejanza, ¡qué enorme diferencia, sin embargo!: entonces Petrogrado hormigueaba de elementos de la burguesía y la intelligentsia, de grupos, círculos, partidos, periódicos, y toda esta abigarrada cofradía se consideraba el ombligo del mundo, creía que el poder soviético no era más que un azar de corta duración. El proletariado entró en su revolución con gran entusiasmo, enorme fe, impulso, pero con grandes dosis de bondad. Durante los dos años transcurridos la escoba de la revolución se ha aplicado severamente a la burguesía petrogradense. Y la clase obrera, por otro lado, ha sufrido grandes pruebas. El entusiasmo no arde con la misma llama brillante que hace dos años, pero en cambio se ha sumado la experiencia, la firmeza, la confianza, el temple moral. El enemigo se organizó y se hizo más fuerte. Ya no se trata de mil cosacos que atacan Petrogrado, sino de muchos cientos de miles de combatientes, armados por el imperialismo mundial, que atacan la Rusia de octubre. A Petrogrado lo amenazan decenas de miles de soldados blancos bien armados. Los barcos ingleses desembarcan en nuestras costas obuses de quince pulgadas. Pero también nosotros nos hemos fortalecido. Ya no existen los viejos regimientos. También han pasado a la historia los destacamentos improvisados de obreros armados. Su lugar ha sido ocupado por el Ejército Rojo, bien organizado, el cual (no puede negarse) tiene sus momentos de depresión, de fracaso, e incluso de acobardamiento, pero finalmente, en los momentos de peligro, sabe siempre concentrar la energía necesaria y resistir al enemigo.

Hace dos años Petrogrado aparecía como el gran instigador. Ahora el imperialismo internacional quiere mostrar en Petrogrado de lo que es capaz en la empresa de aplastar la revolución. La lucha por Petrogrado adquiere el carácter de un duelo mundial entre la revolución proletaria y la reacción capitalista. Si este duelo termina desfavorablemente para nosotros, es decir, si entregamos Petrogrado, aunque sólo sea temporalmente, tan terrible, golpe no significaría el hundimiento de la república soviética: a nuestras espaldas disponemos de un inmenso campo de batalla donde podríamos maniobrar hasta la victoria completa. Pero, en cambio, nuestra victoria en el duelo por Petrogrado sería un golpe demoledor para el imperialismo anglofrancés, que ha apostado demasiado a la carta de Yudénich. Luchando por Petrogrado, no defendemos sólo la cuna de la insurrección proletaria, sino que luchamos de la manera más directa por su propagación mundial. Esta conciencia multiplica nuestras fuerzas. No entregaremos Petrogrado. Defenderemos Petrogrado.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es